



TEMPORALIDADES E INCERTIDUMBRE EN EL CONTEXTO DE UNA CRISIS HÍDRICA EN LA PROVINCIA DE CÓRDOBA, ARGENTINA

TEMPORALITIES AND UNCERTAINTY IN THE CONTEXT OF A WATER CRISIS IN THE PROVINCE OF CÓRDOBA, ARGENTINA

Adrián Koberwein

Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
adriankoberwein@gmail.com

Resumen

Basándome en una metodología etnográfica de tipo multisituado, en este artículo analizo, desde la antropología social, diversas temporalidades socialmente construidas en el marco de una *crisis hídrica* en Sierras Chicas, Provincia de Córdoba, Argentina. Comienzo dando cuenta de la importancia social del agua como valor, en términos del trabajo acumulado (expresado por ejemplo en la infraestructura para su provisión y distribución), para luego analizar los diferentes contextos en los que se moldean creativamente diversas temporalidades que dan sentido a la relación entre la sociedad y el entorno. Concluyo que estas temporalidades, basadas algunas en la experiencia cotidiana de la escasez de agua, otras en los conflictos entre el *desarrollismo* y la planificación espacial a largo plazo, y otras en ciertas miradas utópicas, tienen en común el operar como formas de lidiar con la incertidumbre sobre el futuro, en un presente de profundos cambios socioambientales.

Abstract

From a social anthropological perspective, and based on a multi-sited ethnographic fieldwork, in this article I analyze a diversity of socially constructed temporalities in the context of a water crisis in Sierras Chicas, province of Córdoba, Argentina. I start with the description of the social importance of water in terms of its value as accumulated



labor, (expressed, for example by the supply and distribution infrastructure), in order to analyze different situational contexts where a diversity of temporalities that give meaning to the society / environment relation are creatively shaped. Some of these temporalities are based on the daily experience of water scarcity, others on conflicts between *developmentalism* and long term spatial planning, while others in a kind of utopian visions. I conclude that these temporalities are ways of dealing with the uncertainties of the future, in a present of profound socio-environmental changes.

Palabras clave: recursos hídricos; temporalidad; ambiente; escasez de agua; Argentina.

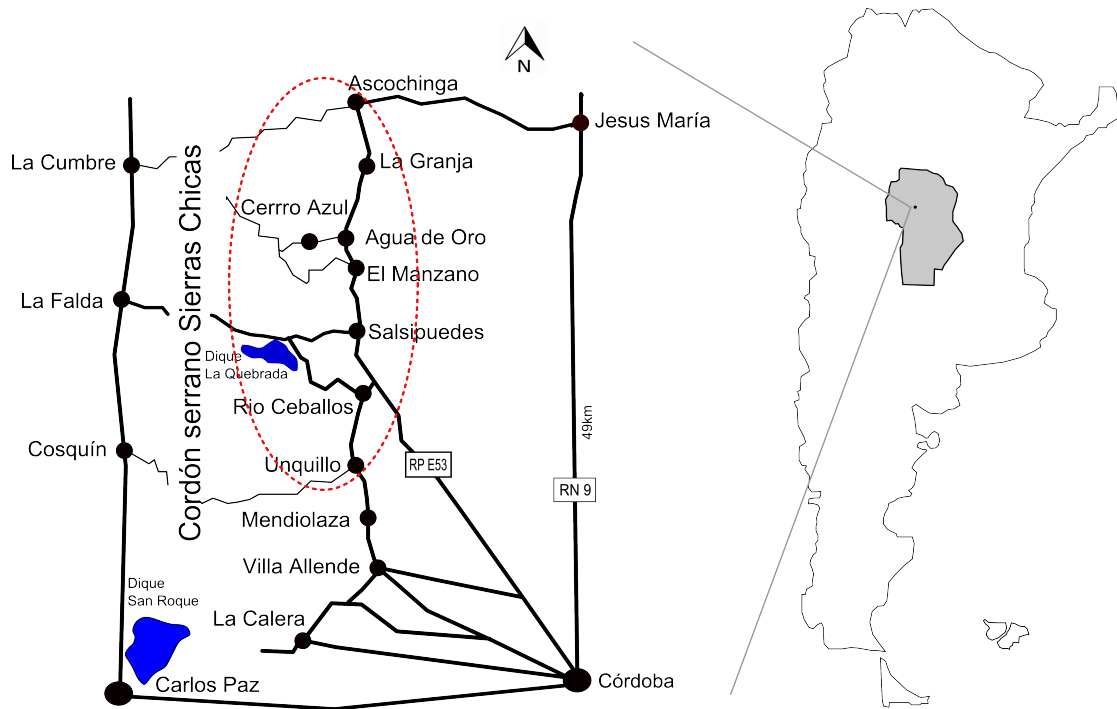
Key words: water resources; temporality; environment; water scarcity; Argentina.

Introducción

Durante casi ocho años (2007-2015), la zona de Sierras Chicas de la provincia argentina de Córdoba¹ fue afectada por una profunda crisis hídrica caracterizada por la falta sistemática de agua. Luego de estos años de escasez, en febrero de 2015, estas localidades serranas sufrieron severas inundaciones, provocadas por violentas crecidas de los ríos y arroyos que atraviesan los diferentes municipios; una *catástrofe*² que provocó víctimas fatales, así como graves pérdidas materiales. El artículo se focaliza en el período de escasez y analiza, desde la antropología social, la manera en que las acciones de múltiples actores para intervenir sobre la crisis implicaron la producción de una diversidad de representaciones sobre el espacio-tiempo en relación con el agua, el ambiente y el paisaje; en definitiva, sobre la relación entre la actividad humana, el entorno y el habitar.



Figura 1. Plano de referencia del área de estudio.



Fuente: elaboración propia.

Como objeto de reflexión de la antropología, las cuestiones en torno a los recursos hídricos no son nuevas. Desde la ecología cultural de mediados del siglo XX hasta la ecología simbólica y la ecología política contemporáneas, los problemas analíticos sobre el tema son amplios y variados. Originalmente centrados en la dimensión espacial y territorial, la temática fue progresivamente ampliándose hacia otros horizontes y miradas. Textos como la obra editada por Julian Steward (1960) sentaron las bases de una diversidad de complejos análisis sobre el manejo de los recursos hídricos, tales como Geertz (1972), Palerm (2008) y Wittfogel (1967), que destacaban el rol de la infraestructura hídrica atendiendo la organización del trabajo, la extracción del excedente y sus concomitantes formas institucionales. Así, la relación entre el agua, el espacio y la territorialidad humana se asociaba con problemas relativos a la escasez, al manejo de los recursos hídricos, la desigualdad y el poder, temas que remiten a cuestiones universales de la vida humana y a sus transformaciones en contextos históricos y particulares (Teixeira y Quintela, 2011).

Con la aparición de una “crisis ecológica” mundial hacia fines del siglo XX, y de la visibilización en la escena pública internacional de las formas de despojo del agua



(Kruse, 2000; Bruzzone, 2012), los problemas clásicos se ampliaron para abarcar temas tales como los patrones de movilidad y asentamiento humanos ante inundaciones (Boivin, Rosato y Balbi, 2008), las cuestiones ambientales en relación con las actividades productivas marítimas, fluviales y/o lacustres (Balbi, 2002; Sautchuk, 2011; Ferrero, 2015), las configuraciones sociopolíticas y económicas de las cuencas hídricas (Little, 2003), los usos del agua en el turismo (Quintela, 2011; Gaztañaga y Piñeiro, 2013), los problemas hídricos relacionados con la renta de la tierra y las formas diferenciales de la apropiación del recurso (Koberwein, 2015a), o el despojo por la acumulación de derechos de agua y la concentración de tierras (Hendriks y Boelens, 2016). El fuerte énfasis que estos trabajos ponen sobre la territorialidad se fundamenta en que el agua está indefectiblemente ligada al espacio: su captación, almacenamiento y distribución implican necesariamente la intervención humana sobre él, aspecto que redundando en que la temporalidad quede enfatizada sólo como una cuestión contextual.

La relevancia de los análisis de corte temporal en relación con los problemas espacio-territoriales fue planteada tempranamente por Henri Lefebvre (1991) desde la filosofía, y luego recuperada por las propuestas de la geografía crítica (Santos, 1990; y Harvey 2007, entre otros). En antropología, existe una larga tradición que ha prestado atención teórico-metodológica al lugar del tiempo en la construcción del objeto (Fabian, 1983; Dalsgaard y Nielsen, 2013) o a las concepciones sobre temporalidad en diferentes culturas (Munn, 1992; Gell, 1992; Vargas Cetina, 2007). Sin embargo, la relación espacio / tiempo (que es la que aquí me ocupa) comenzó a ponderarse sistemáticamente recién con la renovación de los conceptos de “paisaje” y “lugar” (Escobar, 2000; Ingold, 1993, 2011 y 2012; Anusas e Ingold, 2013). En este marco, se ha propuesto que las relaciones entre la sociedad y su entorno debieran considerarse atendiendo a experiencias cargadas de sentidos y asociadas a valores, identidades (Mückler, 2011), sentimientos (Milton, 2002) e imaginaciones de lugar y tiempo (Strang, 2015), así como formando parte de movimientos vitales, formas de habitar, proyectos de vida y utopías (Harvey, 2004; Ingold, 2012).

Teniendo en mente este panorama, luego de un breve apartado sobre consideraciones metodológicas, describo y analizo las distintas maneras en que se producen socialmente diversas representaciones sobre el espacio-tiempo relativas al agua en diferentes contextos enmarcados en un mismo proceso: la intervención territorial para lidiar con una crisis hídrica. Comienzo dando cuenta del contexto general de la crisis, para luego reflexionar en torno a lo que llamo, siguiendo a David



Graeber (2018) y Terence Turner (2008), el valor social del agua, para describir y analizar la manera en que es vivida, experimentada y enfrentada dicha crisis, así como las diversas espacio-temporalidades que se ponen en juego en relación con tal situación. Ambos autores, de inspiración marxista, proponen un concepto de valor que pretende superar sus connotaciones economicistas para asociar el trabajo (única fuente del valor en la teoría de Marx) con la producción ya no de mercancías, sino de representaciones y relaciones sociales. Al mismo tiempo, focalizo en la temporalidad expresada en las obras de infraestructura hídrica, que reactualiza y hace presente un trabajo acumulado en el tiempo en torno a la provisión de agua; luego, analizo la temporalidad experimentada y vivida en un presente atravesado por la crisis hídrica y las acciones para paliar sus efectos, para posteriormente analizar las formas utópicas en que es representada la sociedad futura una vez superada la crisis. Finalmente, concluyo que las formas temporales que analizo pueden ser entendidas como formas de reducir o de lidiar con la incertidumbre sobre el futuro de una situación socioambiental, particularmente hídrica, que se encuentra en plena transformación. Para dar cuenta de todo ello, se hace necesario definir contextualmente cómo se manifiesta la crisis hídrica en la zona de estudio.

Consideraciones metodológicas

Me baso en materiales obtenidos a lo largo de diferentes campañas de trabajo de campo etnográfico multisituado (Marcus, 2000), realizado entre 2011 y 2015, y sustentado en la observación participante en diferentes espacios sociales. Esta estrategia etnográfica implica seguir las conexiones y relaciones del problema tratado en diferentes espacios locales, lo que obliga a romper con los límites etnográficos tradicionales. El holismo clásico de la etnografía queda, bajo esta modalidad, descentrado: ya no se trata de dar cuenta de la “totalidad” de la vida social en un espacio localizado, sino de rescatar la manera en que actores dispersos espacialmente, pero unidos bajo un marco de referencia común (para el caso, la crisis hídrica) actúan más allá de unos supuestos límites de una comunidad local de pertenencia. Las unidades de observación-participación en diferentes localidades fueron las siguientes: reuniones con miembros de las cooperativas que distribuyen el agua potable en los diferentes municipios, asambleas de vecinos, festivales por el agua y el ambiente, manifestaciones de protesta por la falta de agua, charlas en escuelas de educación básica, eventos de campaña electoral dedicados al manejo de



los recursos hídricos, encuentros con funcionarios, y eventos públicos de difusión científica respecto de la situación ambiental e hídrica en varias localidades. Estas instancias fueron aprovechadas para propiciar situaciones posteriores de entrevistas no dirigidas con los actores protagonistas de estos espacios y contextos. Obtuve asimismo materiales documentales escritos y audiovisuales sobre los problemas que la crisis hídrica genera en las localidades: notas de prensa y entrevistas radiales, informes técnicos, videos documentales, legislación, acuerdos entre municipios, etc., algunos de los cuales serán referenciados a lo largo del argumento y en función de la temática tratada.

La crisis hídrica en contexto

El “ambiente natural” de las sierras fue y es la base de una amplia diversidad de actividades productivas que generan dinámicas muchas veces antagónicas entre sí. Poco queda hoy de las antiguas canteras de piedra caliza de las primeras décadas del siglo XX y de la gran presencia de ganado, o de la explotación maderera. Hoy en día, las actividades económicas más destacadas son la industria turística, la actividad inmobiliaria, la construcción y la minería de extracción de áridos, actividades alimentadas por el fuerte movimiento poblacional de los habitantes de las ciudades a las “zonas agrestes” de las sierras.

Algunas localidades de las Sierras Chicas están transformándose paulatinamente en lo que se conoce como “pueblos dormitorio”, es decir, lugares que reciben a familias que deciden vivir fuera de la ciudad, pero que necesitan mantener sus vínculos con ella en virtud de las actividades laborales, educativas, etc. Las sierras son fuente de agua y otros recursos naturales que sostienen aquellas actividades productivas y dinámicas poblacionales y, en virtud de ello, el tema de los recursos hídricos disponibles es objeto de un amplio debate público en toda la zona, siendo motivo de preocupación para una gran cantidad de personas e instituciones. Entre estos problemas, podemos mencionar el aumento del consumo, la falta de infraestructura para sostenerlo, el impacto de la construcción inmobiliaria, el aumento de los incendios forestales, que, sumados a un largo período de falta de lluvias (2007 a 2015, aproximadamente), hicieron que la zona sufriera, durante esos años, una profunda *crisis hídrica* signada por una sostenida escasez de agua.

En cuanto a los usos del recurso hídrico, se trata principalmente de lo que se conoce como “usos humanos”, tanto domésticos como comerciales. En lo que se



refiere a la segunda modalidad, se destaca el uso del agua en la actividad turística. La actividad agrícola no es de tal magnitud como para que incida en los debates en torno a los problemas hídricos. La actividad pecuaria, por su parte, aprovecha tradicionalmente el recurso hídrico superficial, y se ubica por fuera del alcance de las redes de distribución de agua potable. Su incidencia en la crisis hídrica nunca fue relacionada con el uso del agua propiamente dicho, sino con el uso del suelo, en cuanto a la pérdida de vegetación que implicarían las actividades de sobrepastoreo. Sin embargo, a juicio de una gran cantidad de actores, el principal impacto sobre el agua lo ha generado en los últimos años el avance de emprendimientos inmobiliarios de viviendas y complejos turístico-recreativos. Entre estos actores se destacan: cooperativas de servicios públicos que se encargan de la captación, potabilización y distribución del agua a través de redes urbanas; funcionarios que trabajan en las dependencias municipales de obras públicas y en organismos de ambiente locales; agrupaciones informales de vecinos que comenzaron a surgir en el transcurso de la intensificación y profundización de la *crisis hídrica*, y que comenzaron a demandar *soluciones efectivas* a las autoridades; organizaciones no gubernamentales (en adelante ONG) que se dedican a cuestiones socio-ambientales; partidos políticos y científicos de las diferentes universidades de la provincia.

A diferencia de otras regiones con abundantes recursos hídricos superficiales, como las provincias de Entre Ríos o Buenos Aires, en Córdoba (y más aún en las zonas serranas) la provisión de agua es un tema que alimenta la conversación pública, ocupando un lugar considerable en las noticias de los medios de comunicación. Todo lo relativo al agua moviliza la participación de amplios sectores de la población, y no sólo de los responsables de la gestión o el manejo del recurso. En este sentido, se trata de una cuestión central de la vida cotidiana de los habitantes de las zonas serranas, dado que una de las actividades económicas principales, el turismo estival y de fin de semana, depende fuertemente de la presencia de arroyos con buen caudal, del nivel de los lagos de los embalses y del ambiente “agreste”.

Así, la política local también está atravesada por el tema hídrico, dado que es un problema presente en todas las localidades de las sierras. En varias localidades, además, la red de agua potable es administrada por cooperativas formadas por los usuarios, hecho que implica una presencia aún más contundente del tema en la vida cotidiana de los habitantes.

Sin pretender reducir *a priori* la explicación de lo que piensan, hacen o se representan los actores a su “caracterización” basada en la apelación a su



procedencia, condición socio-económica o posición en el entramado social, cabe mencionar que parte de quienes participan activamente de estas cuestiones en torno al agua son personas y grupos que migraron de la ciudad a las zonas agrestes de las sierras durante las últimas décadas³. Así, buscando lugares *más amigables* para vivir, algunos habitantes de las Sierras Chicas se enfrentan actualmente al mismo tipo de fenómenos de los cuales voluntariamente se alejaron: procesos de urbanización, aumento poblacional y presión sobre los recursos, modificación del paisaje y *perturbación de la tranquilidad y del buen vivir* que fueron a buscar a estas zonas. No se trata de un sector homogéneo, pero comparten ciertos sentidos en torno al ambiente porque consienten con ellos y participaron activamente en su producción.

Muchos de mis interlocutores en campo concebían al agua, junto con el ambiente agreste y el bosque nativo, como parte de la *identidad* de las poblaciones serranas. La *crisis hídrica*, entonces, puso todo esto en escena. Para dar cuenta de ello, comencemos por la importancia social del agua en la provincia en general y en la zona de estudio en particular, cuestión que nos llevará a considerar simultáneamente el espacio, el tiempo y la temporalidad como aspectos centrales de los fenómenos analizados.

El valor social del agua: la infraestructura hídrica como tiempo de trabajo acumulado

Córdoba es una de las provincias argentinas con mayor historia respecto de aquello que los ecólogos culturales llamarían la “manipulación ambiental activa” de los recursos hídricos; es decir, la modificación del entorno a gran escala a través de medios tecnológicos para producir habitabilidad para la población humana (Sutton y Anderson, 2010). Esta profundidad histórica se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de que el Dique San Roque, construido entre 1884 y 1889, con el propósito de abastecer de agua potable a la Ciudad de Córdoba, fuera el primer embalse construido en la Argentina.

La Subsecretaría de Recursos Hídricos de la Nación publicó, en 1995, un informe que refleja que, al menos por entonces, Córdoba era la segunda provincia en cantidad de embalses (11 en total). En Córdoba se construyó la primera presa de arco de Sudamérica (Dique San Jerónimo)⁴. Además, el Dique Cruz del Eje es reconocido por contar con un paredón que, con sus 3,2 kilómetros de longitud, es el más extenso de Sudamérica y el tercero a nivel mundial. Los diques proveen de agua potable, agua



para riego, y son utilizados para la generación de energía eléctrica para amplias zonas de la provincia. Aquellos que se encuentran en zonas serranas, ofician también como amortiguadores de las violentas, bruscas y repentinas crecientes de los ríos y arroyos en verano. Estos datos nos ofrecen una idea de la importancia del agua para los cordobeses. Aunque esta afirmación es una obviedad, pues para cualquier ser humano el agua es “importante”, estamos hablando de algo más que de su condición de elemento vital.

Para David Graeber (2018) el valor de algo, sea una cosa, un fenómeno, una infraestructura, una idea, una relación social, una meta pública, etc., se podría “medir” en términos de la cantidad de energía creativa (o trabajo social) invertida en su producción y reproducción. Más allá de si existe, o de si pudiéramos desarrollar un instrumento para medir tal cosa, quiero destacar que no hablo aquí del valor fisiológico o vital del agua, que doy por descontado, sino de su valor en términos del reconocimiento colectivo del trabajo acumulado y de las energías creativas desplegadas en torno a ella. Para Graeber, cuando ciertos actores reconocen algo como socialmente importante, podemos tratar este fenómeno en términos del concepto de valor recién expuesto. Esta perspectiva se basa en la teoría del valor-trabajo de Marx (2000), que algunos autores han reelaborado para superar sus connotaciones economicistas (Graeber, 2018; Turner, 2008). Si para Marx el valor es la cantidad de trabajo incorporado a las mercancías, medido en términos del trabajo socialmente necesario para su producción, la propuesta de Graeber nos lleva a considerar el valor como la producción concreta de la importancia social en términos de, por un lado, la expresión de la energía creativa acumulada (lo que Marx llamaría trabajo “muerto”) en la prosecución de metas públicas y objetivos socialmente definidos; por el otro, como la energía creativa efectivamente desplegada en el presente a través de la acción social coordinada y organizada (o “trabajo vivo”, en términos de Marx). La cantidad de esta energía creativa acumulada en el tiempo pasado y desplegada en el presente le da sentido, en términos teórico-analíticos, a la importancia que una sociedad o grupo le otorga a aquello sobre lo cual invierte estas energías. La infraestructura hídrica instalada es, desde este punto de vista, un trabajo social y necesario acumulado en el tiempo. De esta manera, y para evitar caer en la simplificación de considerar al agua como “importante” porque es un elemento vital, este enfoque nos permite enfatizar por qué, socialmente, algo es considerado como importante: porque la sociedad, el grupo o el colectivo que así lo considera, ha desplegado en el pasado y despliega en el presente energías creativas y trabajo en su



producción y reproducción. Esas energías creativas se “cristalizan”, como diría Marx (2000), en las producciones humanas materiales. Para Marx, el caso típico de este trabajo acumulado o “muerto” son los medios de producción, pero también toda producción humana material relativamente estable y fija, como lo son las obras de infraestructura y las configuraciones espaciales en general. En este marco analítico, el trabajo social y necesario es el fundamento del valor. Para Graeber, este trabajo acumulado implica, en el nivel de lo concreto, la importancia que una sociedad le da a aquello que es objeto del trabajo. En este caso hablamos del trabajo acumulado alrededor de la provisión de agua.

A este respecto, muchos rescatan el trabajo pionero de la Compañía de Jesús, una orden religiosa que se radicó en la ciudad de Córdoba en 1573, “estableciendo un sistema cultural-social único que marcó el desarrollo de la provincia [...] construyendo sistemas hidráulicos para el riego de las tierras de cultivo y el aprovechamiento de la potencia hidráulica” (Reyna, Reyna y Lábaque, 2013: 64). Los tajamares jesuitas de la provincia de Córdoba, construidos durante el siglo XVII, son considerados como los más antiguos de Latinoamérica, siendo además admirados en el presente, dado que muchos de ellos aún se preservan en gran cantidad de lugares. Las referencias a esta historia, las publicaciones académicas dedicadas a ella, la calidad ingenieril de estas antiguas obras, son constantemente expresadas y comunicadas con alta estima y gran consideración por muchos actores que se preocupan por el agua en Córdoba. El pasado y el presente se funden así para reconocer y enfatizar la importancia social del agua en cuanto al trabajo y a las energías creativas acumuladas en torno a la provisión del recurso. De esta manera, reconocer y ponderar el trabajo acumulado, expresa socialmente su importancia, es decir, su valor (Graeber, 2018; Turner, 2008).

Este valor queda expresado también en términos comparativos con la “poca” importancia y el “poco” valor que se le otorga al agua en otras zonas. Ejemplificaré esto con la reconstrucción condensada de una gran cantidad de comentarios dispersos —y superfluos en apariencia por su ironía explícita— que me ofrecieron muchos de mis interlocutores en el campo cuando me presentaba como un antropólogo de Buenos Aires que pretendía analizar la *crisis hídrica* en la zona de Sierras Chicas.

“Ustedes los porteños la tienen fácil⁵. No pagan la luz, no pagan el gas, todo gratis, así vive cualquiera⁶. El año pasado estuve en Buenos Aires, y no podía creer lo que vi... ¿Cómo puede ser que usen tanta agua para lavar una vereda? Acá nosotros nos bañamos cada dos días, y con el agua que allá usan para la



vereda, acá podríamos devolverle el agua al río y llenar el dique.... no puede ser”. (Reconstrucción de sentido realizada por el autor en base a una gran cantidad de comentarios dispersos realizados por distintos actores en diferentes circunstancias de campo.)

Habían pasado ya cinco años desde que se había hecho presente, en la vida cotidiana de los habitantes, una *crisis hídrica* que implicó la sistemática falta de agua en las redes de distribución por períodos prolongados. Pero la importancia social del agua no se nos revela únicamente en la escasez que aquella comparación estaría indicando para Córdoba, y la abundancia que estaría ponderando para Buenos Aires. No es que en las sierras el agua importe más porque es “poca” y en Buenos Aires importe menos porque es “mucho”. La importancia social, como valor, dice Graeber (2018), implica una planificada inversión de energías creativas (o trabajo, dicho en otros términos). En este sentido, hemos mencionado que Córdoba presenta varios “récords” en cuanto a la infraestructura hídrica: primeros tajamares de importancia construidos hacia el 1600; primer dique de ingeniería “moderna” construido en la Argentina; primera vez que se utiliza cierta tecnología de construcción de embalses en Sudamérica, etc. La infraestructura instalada y su historia son, entonces, una suerte de medida de la importancia otorgada al recurso en virtud de la objetivación del trabajo social invertido en torno a ella.

En Sierras Chicas, otra forma en que el trabajo acumulado es reconocido es en la historia de las cooperativas de servicios públicos, que tienen su origen en la década de 1980, y que actualmente observan una fuerte presencia en la vida cotidiana. Estas cooperativas están conformadas por los usuarios de la red de agua (y de luz, telefonía, etc.); por lo tanto, existe, potencialmente al menos, la posibilidad de que cada socio de la cooperativa pueda incidir en la gestión del agua y de los servicios que cada cooperativa ofrece. De hecho, ciertos procesos conflictivos que hemos relevado hacia el interior de algunas cooperativas (y que no vienen a cuenta aquí) así lo indican.

A diferencia de lo que ocurre en las grandes ciudades, gran parte de la infraestructura hídrica en la zona serrana es visible, en sentido literal. En las localidades de los alrededores del Dique La Quebrada, por ejemplo (ver figura 1), es costumbre para muchos habitantes y visitantes ir a pasar una tarde a las orillas del lago. Vecinos y turistas van allí a pescar o a remar en canoas cuando el nivel de las aguas lo permite; se reúnen para hacer asados a orillas del lago y se bañan en sus aguas. Asimismo, y al ser una Reserva Natural e Hídrica, el área donde se encuentra el dique es visitada por niños de las escuelas, quienes interactúan con los



guardaparques y con la “naturaleza” del lugar.

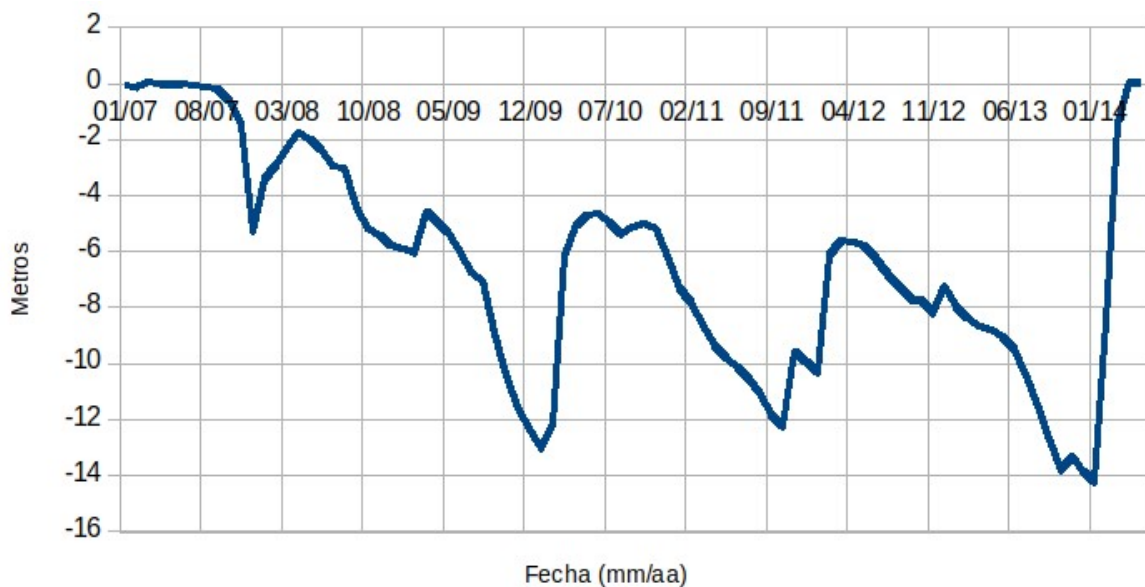
La planta potabilizadora, ubicada en un lugar ostensiblemente visible en el camino de entrada al espacio del lago del embalse, es también visitada regularmente por niños de las escuelas para aprender sobre el ciclo de captación, potabilización y distribución del agua potable. Por todas estas razones, la situación del agua, en cuanto a su calidad, cantidad y existencia, es motivo de un debate público sostenido. Si bien esto último se acentuó con la *crisis*, quiero enfatizar que los habitantes de las localidades que se proveen de agua del dique “interactúan materialmente” con el embalse y con sus aguas, como diría Ingold (1993). Es decir: las formas, técnicas y procesos que implica la provisión de agua no pertenecen a lo que este autor llamaría los “infrásticos”, aquellos procesos y aquella tecnología relacionada con el habitar que estaría “por detrás” o “por debajo” de las “superficies”, u oculta en espacios en donde el habitar no ocurre efectivamente (Anusas e Ingold, 2013). Además, y al interactuar materialmente con el agua en su fuente, los habitantes relacionan constantemente su estado observable (claridad, presencia de algas, nivel del agua, presencia de “espuma” o materia orgánica en superficie, etc.) con la situación del agua en sus hogares (sabor, transparencia o turbidez, presión de salida, etc.). A su vez, la cooperativa de servicios públicos y la administración de la planta potabilizadora producen continuamente informes y estados de situación respecto de las eventualidades de los procesos de captación, potabilización y distribución del agua: el estado de funcionamiento de las válvulas, de los filtros y las bombas, los problemas en la red pública, y las razones concomitantes del estado material visible (e invisible) del agua potable. El valor del agua, entonces, no implica únicamente un trabajo acumulado, o trabajo “muerto” como diría Marx, sino que se actualiza y reactualiza con un despliegue visible de trabajo “vivo”.

De esta manera, la primera forma temporal con la que nos encontramos está fuertemente anclada en un pasado que se recupera dando forma a un presente. No sólo la infraestructura hídrica, desde el 1600 hasta el día de hoy, refleja una constante en cuanto al trabajo desplegado en torno a los recursos hídricos, y de allí su valor; también el trabajo “vivo” alimenta en forma continua este valor o importancia social del agua proyectándose hacia el pasado y reactualizándose en el presente. Veamos a continuación cómo esta espacio-temporalidad se ve “influenciada” por la crisis, y cómo es que otras se inscriben en la experiencia, por razón misma de la situación crítica.



El tiempo del agua y la temporalidad en paisaje: entre la técnica y la experiencia vivida

La crisis hídrica comenzó a manifestarse en la vida cotidiana a partir del momento en que el dique La Quebrada, único embalse de nuestra zona de estudio, comenzó, en 2007, una carrera cíclica de bajante sin recuperarse hasta 2014. La temporalidad de este proceso se representa como una cronología caracterizada por la repetición de un movimiento ascendente y descendente de las aguas. Es un tiempo que se puede fechar, medir, contabilizar y graficar (ver figura 2).



— Evolución del nivel del Dique La Quebrada. Enero 2007 - mayo 2014

Figura 2: Gráfico de elaboración propia con datos publicados por la Cooperativa de Servicios Públicos de Unquillo – Mendiolaza. El eje X indica el mes y el año (mm/aa). El eje Y los metros medidos desde el nivel 0 (vertedero). En el sitio web de la cooperativa se ofrecen gráficos similares, aunque interactivos: el usuario puede seleccionar los períodos (por meses o por años) y así poder visualizar los datos en diferentes escalas temporales.

Como para todos los diques, su nivel de almacenamiento se mide tomando el vertedero como el nivel cero, calculándose luego la distancia hasta el nivel del agua. En enero de 2010, el agua había retrocedido a un *nivel récord* de -13.02 m. En junio de 2011, el nivel indicaba -10,16 m. Durante noviembre de 2013, hubo unos días de intensas lluvias, aunque incidieron sólo levemente en los niveles. Una entrevista radial al director de la Cooperativa de Servicios Públicos de Río Ceballos ilustra la gravedad



de la situación por aquella época:

“Periodista: Créanme que, mientras disfrutaba de la lluvia, pensaba qué bien le debe estar viniendo esto a las Sierras Chicas. ¿Estará subiendo el dique La Quebrada? No, lamentablemente no. Está Oscar Suarez, presidente de la cooperativa en línea. Oscar, buenos días.

Entrevistado: Buenos días, como vos decías, vemos que se están formando nubes y ya nos estamos esperanzando, y creo que es como un ritual acá, en todo Sierras Chicas, añoramos el agua, realmente.

Periodista: Pero qué cosa Oscar, ¿no?, con la intensidad que ha llovido, con las precipitaciones que hemos tenido, noviembre está marcando récord en la intensidad de las precipitaciones, pero donde debe llover no llueve y donde debe subir el caudal, no sube

Entrevistado: [...] el dique, gracias a Dios, subió entre 9 y 10 cm, que es muy poquito. [...] Hay que dejarlo muy claro para la gente. Estamos en una zona de crisis, estamos 13 m por debajo del nivel, es simplemente un pequeño paliativo. [...] Estamos en una crisis total, seguimos con los racionamientos, son los días martes y jueves de las 18 a 6 de la mañana [se refiere a los cortes en el servicio de agua potable...] Todo el mundo le está poniéndole la espalda a esta crisis”.⁷

Unos meses después, el 3 de febrero de 2014, se alcanzó la nueva marca histórica de -14,50 m. Si bien cuadros y gráficos similares al referenciado más arriba circulaban constantemente en los medios de comunicación, la temporalidad que estos gráficos expresan y las formas de cálculo que implican, no reflejan la relación entre los niveles de agua y la experiencia cotidiana, cargada de incertidumbres, esperanzas y anhelos, como se menciona en la entrevista radial. Para comenzar a describir este tipo de relación, la fotografía es el mejor punto de partida, pues nos coloca frente a aquella “visibilidad” a la cual hicimos referencia anteriormente y que es, al menos, una parte de esa experiencia. Si bien la temporalidad cronológica es lo que organiza la siguiente secuencia, ésta se carga de nuevos sentidos. Veamos entonces la temporalidad del agua, pero esta vez en una secuencia de fotografías, tratando de emular lo que “ve” un habitante de la zona en diferentes momentos:



Esta secuencia nos facilita la descripción del impacto que este paisaje del dique con poca agua tiene para los habitantes de las sierras. Las imágenes nos obligan a considerar las estaciones del año en virtud de la frondosidad y el color de la vegetación y, conociendo el régimen de lluvias, se puede decir que el panorama de la foto del invierno de 2012 es mucho más desalentador para un observador local que el panorama del verano, pues todos saben que en invierno no llueve y, por lo tanto, la situación no cambiará sino para peor. En verano, al menos, *podemos tener la esperanza de que llueva pronto*. De esta manera, es decir, cuando colocamos a un observador del tiempo y en el tiempo, la temporalidad abstracta de los gráficos y de los cálculos técnicos empieza a transformarse. Observar el paisaje del dique en bajante es observar el pasado, el presente y el futuro. Sin embargo, no se trata de una observación o contemplación pasiva, sino de una lectura específicamente activa, una suerte de “proceso formativo dentro de un presente específico” (Williams, 2000: 151). En este sentido, el dique nunca está “bajo”, sino que *está bajando*, o *subiendo*, a pesar de que al ojo le sea imposible percibirlo en la contemplación inmediata del paisaje.

Las cifras de los niveles del dique, que son publicadas por las cooperativas de servicios públicos, así como por los medios de comunicación, muchas veces con



gráficos y fotografías similares a las expuestas, no ofrecen una dimensión real y cuantitativa de la cantidad de agua faltante o efectivamente embalsada. Haría falta para ello considerar la capacidad total de embalse del dique junto con el nivel de sedimentos acumulados en el lecho del lago, entre otras cuestiones, para saber específicamente cuántos metros cúbicos de agua implican un metro lineal medido desde el vertedero. Pero no hace falta ser ingeniero hidráulico para comprender las cifras. En el lenguaje cotidiano, toman sentido en términos comparativos, y el resultado de su lectura no es “nos faltan X metros cúbicos de agua”, sino *estamos peor que el año pasado o nos faltan X metros para alcanzar el récord*. Así, el tiempo abstracto, técnico, se vuelve una temporalidad social más cualitativa que cuantitativa; una suerte de temporalidad fundida y amalgamada en y por la experiencia, a la cual se le suma la incertidumbre por el futuro, aspecto ausente en los gráficos.

Kay Milton (1993) afirma que, al focalizar en la experiencia, cuando tratamos con las formas de percepción del ambiente debemos dirigir nuestra atención a la relación entre el individuo y su entorno. Tal vez esta propuesta se base en su intención de hacer énfasis en los aspectos no sociales de la percepción y la cognición del entorno; sin embargo, considero que no podemos quedarnos en el nivel del individuo, como si el concepto de experiencia operara únicamente en ese plano. Si una persona contempla el nivel de las aguas del dique en un momento dado, le es imposible percibir su movimiento a través de su experiencia individual. Es la colectividad la que temporaliza, llegando a la conclusión de que el dique *está bajando o subiendo*. Lo que quiero hacer notar es aquello a lo que Williams (2000: 155) se refiere como las “estructuras del sentir”. Es decir, una experiencia social en proceso “que a menudo no es reconocida verdaderamente como social, sino como privada, idiosincrásica e incluso aislante, pero que en el análisis [...] tiene sus características emergentes, conectoras” (Williams, 2000: 155). En este sentido, “el paisaje está constituido por un registro (y testimonio) permanente de las vidas y el trabajo de las generaciones pasadas que lo han habitado, dejando algo de sí mismos” (Ingold, 1993: 152). Pero Ingold se olvida del futuro, que también está contenido “en” el paisaje, aunque más como potencialidad que en términos de anticipación, dado que aquella contemplación activa no sólo registra el pasado —*estamos peor que el año anterior*—, sino que también se proyecta hacia adelante en el tiempo —*nos falta poco para alcanzar el récord; ¿se llenará el dique este verano?; ¿tendremos agua?* De esta manera, y por más que se trate de un tiempo incierto y elusivo a la anticipación, el futuro también se lee activamente “en” el paisaje.



Pero no toda temporalidad está cargada de incertidumbre. En ciertas ocasiones se busca producir, justamente, la certeza. Así sucede, por ejemplo, con las iniciativas de crear espacios de protección ambiental que pongan freno a actividades consideradas como perjudiciales para el ambiente y los recursos hídricos. A continuación, trataré con esta cuestión, que me llevará al problema de la planificación, concretamente, a la planificación de los usos del espacio y la tierra. Como afirma Abram (2014), la planificación espacial está plagada de problemas temporales.

Las reservas hídricas como espacios de conservación para las generaciones futuras

A causa del régimen de lluvias, los períodos coyunturales de escasez de agua fueron históricamente recurrentes en Sierras Chicas. Sin embargo, debido a su persistente continuidad, la *crisis hídrica*, cuyos inicios se remontan a 2007, comenzó a concebirse como *estructural* poco después de sus primeras manifestaciones concretas. Cuando en los debates públicos se instaló la idea de que *la crisis había llegado para quedarse*, la actividad social en torno este problema empezó a intensificarse. Una diversidad de agrupaciones, científicos, ONG e instituciones estatales comenzaron a movilizarse más activamente para enfrentar la situación.

En 2012, se crearon nuevas agrupaciones de vecinos que comenzaron a reclamar participación en la elaboración de propuestas y en la toma de decisiones sobre la *crisis hídrica* en varias localidades. Como resultado de un cada vez mayor protagonismo de estas organizaciones locales, surgió la Coordinadora Ambiental y de Derechos Humanos Sierras Chicas, que las nucleó en una supra-organización. Así fueron creadas las condiciones de posibilidad para una intervención política planificada y a largo plazo desde la sociedad civil. Con la puesta en funcionamiento de la Coordinadora, los diversos problemas hídricos y socioambientales, que hasta entonces habían tenido un carácter específicamente local, comenzaron a ser visibilizados como enmarcados en una problemática común a todas las Sierras Chicas (Koberwein, 2015b).

Este proceso implicó una búsqueda más profunda y sistemática de explicaciones sobre la *crisis hídrica*, y tanto las nuevas agrupaciones e instituciones como aquellas que ya tenían cierta trayectoria previa, comenzaron a generar sentidos en torno a que las causas de la crisis debían buscarse en las formas *desordenadas* de ocupación del espacio. El *ordenamiento territorial* comenzó entonces a ponderarse



como un conjunto de iniciativas para enfrentar los problemas hídricos, y fue construyéndose así una arena de conflicto (Swartz, Turner y Tuden, 1966) en torno a las causas y las posibles formas de enfrentar la escasez de agua y la *crisis hídrica*. Así, por ejemplo, las agrupaciones nucleadas en la Coordinadora Ambiental mencionada proponen *ponerle un freno al desarrollismo*.

Una gran cantidad de inversiones inmobiliarias se ha puesto en marcha durante los últimos años en las partes altas de las sierras, ubicándose en las cercanías de las nacientes de los arroyos y de los reservorios que proveen de agua a localidades que se encuentran más abajo, en el faldeo. Un miembro de una agrupación de vecinos me comentaba al respecto lo siguiente:

“Ocurre que hay asentamientos urbanos, o proyectos desarrollistas, ¿no es cierto?, que alegremente van y ocupan las nacientes de los ríos donde la cosa sería más o menos como la ley del gallinero, tienen agua los de arriba, los de abajo quién sabe”. (Fragmento de una entrevista no dirigida a un miembro de una agrupación de vecinos. Abril de 2014.)

Este tipo de emprendimientos implican procesos y formas de apropiación de las “ventajas naturales” que ofrece el espacio serrano de altura, principalmente el agua (Koberwein 2015a). En algunos casos, han ocurrido conflictos políticos y judiciales entre los vecinos de las localidades y las *empresas desarrollistas*, cuando éstas obstaculizaron o desviaron los cursos de los arroyos, disminuyendo el caudal de agua disponible, o cuando se comenzaron a cercar las tierras, impidiendo el acceso a espacios naturales (senderos serranos, ríos, arroyos) que eran de acceso libre y público, ya sea legalmente o por usos y costumbres. Para diversos actores, el *desarrollismo incontrolado* conlleva impactos ambientales de diversa índole que inciden en forma directa sobre la disponibilidad y la calidad de las aguas. Por ejemplo, el aumento del consumo y la contaminación (no existe sistema cloacal en la zona), en virtud del poblamiento de zonas sensibles en términos ambientales, como son las áreas de las nacientes de los arroyos; la impermeabilización de las cuencas producto de la construcción y el consecuente desmonte, etc. Debido a este tipo de dinámicas, las fuentes mismas de la provisión de agua están siendo puestas en riesgo, afirman varias agrupaciones. Se trata, en definitiva, de un conflicto por el espacio, la tierra y el agua. Una de las iniciativas concretas para *ponerle un freno al desarrollismo* implica trabajar políticamente para la creación de nuevas reservas hídricas y espacios de protección ambiental.

En la zona encontramos una diversidad de reservas de carácter municipal y



comunal que fueron creadas como resultado del trabajo y las iniciativas de ONG y vecinos, en ocasiones con el apoyo de políticos y funcionarios locales. Las reservas son, actualmente, parte de un objetivo social más amplio que implica *mantener sanas las cuencas hídricas*. Si bien muchas reservas se encuentran actualmente en proyecto, todas ellas son parte de iniciativas que llevan adelante diversos actores y agrupaciones que interpelan al Estado para que delimite nuevos espacios de protección para contar así con un marco legal que regule el uso de la tierra y, por lo tanto, el uso del recurso hídrico, frenando de esta manera el avance de la *especulación inmobiliaria*. La preservación de la vegetación nativa y, en consecuencia, del recurso hídrico, es el principal objetivo de quienes trabajan por las reservas. En este sentido, estamos frente a una forma de temporalidad característica de las discusiones socioambientales, en las cuales las escalas espacio-temporales que se ponen en juego son amplias, incorporando el compromiso con el presente y, sobre todo, con las generaciones futuras (Gudynas, 1992). El rol del tiempo es especialmente destacable en el marco de las decisiones y políticas ambientales (Harvey, 2004), y esta preocupación por conservar y preservar la vegetación y el recurso hídrico en Sierras Chicas no se aparta de esta lógica. En este sentido, *ponerle un freno al desarrollismo* con la creación de reservas implica una temporalidad planificada, a largo plazo, que también amalgama el presente con un futuro cuya incertidumbre pretende reducirse al *poner en orden* la ocupación del espacio.

Como afirma Harvey (2004), no hay proyecto ambiental que no sea, al mismo tiempo, un proyecto de sociedad. El trabajo invertido por instituciones, agrupaciones informales e individuos en la creación de estas reservas, podría considerarse como una crítica, no al progreso o al desarrollo en sí mismos, sino al *desorden* y la *falta de planificación* que estos actores consideran está sufriendo la zona. Muchas de las reservas y espacios de protección ambiental se encuentran *a medio camino* de su formalización efectiva, en virtud de las trabas burocráticas y las dilaciones temporales de los procesos que llevan a su efectiva consolidación, un tema que es objeto de preocupación para muchas agrupaciones. Para aquellas que se encuentran en funcionamiento, como la reserva que ampara al Dique La Quebrada, *existe cierto control*. Como me comentaba un guardaparques,

“las tierras no pueden subdividirse para la venta. Se debe respetar el catastro original. Si bien hubo algunos descuidos [en la aplicación de esta norma] porque no podés controlar todo al cien, se cumple. Habrá algunos lotes chicos, 20, más o menos, que son de 500 m², pero son los menos, son aquellos que eran previos a



la reserva". (Fragmento de una entrevista no dirigida a un guardaparques de la Reserva La Quebrada. Febrero de 2012.)

Una herramienta legal muy utilizada en varias municipalidades para frenar momentáneamente el consumo de agua, hacía que se pusieran en juego formas temporales asociadas al futuro y a la gravedad del avance del mercado inmobiliario y la construcción. La declaración de *emergencia hídrica*, cuando la falta de agua era alarmante, suspendía por un tiempo la venta de tierras y las autorizaciones para construir, dado que las construcciones demandan gran cantidad de agua. Al respecto, un funcionario de obras públicas de una localidad me comentó lo siguiente:

"Estamos destruyendo el bosque nativo. Es increíble cómo avanzan sobre la sierra. En [la secretaría de] Planeamiento Urbano [del Municipio], viven acosados por el avance inmobiliario. No sabemos qué hacer, no damos la factibilidad hídrica, pero igual edifican, construyen, lotean, y después tenés que dar el agua. La única forma que tenemos es declarar la emergencia hídrica y ahí se suspenden los loteos. Yo preferiría vivir en emergencia hídrica para que no se lotee más". (Fragmento de una entrevista no dirigida a un funcionario de una de las municipalidades de la zona. Febrero de 2012.)

El funcionario se refería a uno de los puntos clave de toda la discusión en torno al problema hídrico que conlleva el avance de la construcción: el desorden y la ausencia de planificación a futuro. Estas formas temporales se encuentran asociadas a una última forma que trataré y que se expresa también en términos de un proyecto de sociedad, pero esta vez apelando a una suerte de tiempo utópico. Esto no es casual, dado que, según afirma Harvey (2004), la planificación espacial y los modos de pensamiento utópico llevan mucho tiempo entremezclados.

La comunidad del futuro

La Granja 2035 es el título de un audiovisual realizado por la Mesa de Agua y Ambiente de La Granja, una de aquellas nuevas agrupaciones de vecinos que surgieron en el marco de la *crisis hídrica*. De unos 3.000 habitantes, La Granja es considerada por muchos como *aún no transformada plenamente por el desarrollismo*, en comparación con otras localidades como Salsipuedes (ver figura 1 para referencias de ubicación). De hecho, a medida que nos alejamos de la ciudad de Córdoba hacia el norte, los impactos del avance del *desarrollismo* se van relajando. El audiovisual en cuestión expresa una temporalidad que he llamado de tipo utópico. Atravesado por significados que provienen del llamado "desarrollo sustentable", y relacionado con las



formas temporales que he mencionado en el apartado anterior, el relato del video nos presenta un proyecto de sociedad y de comunidad. Su objetivo es mostrar lo que sería el Municipio de La Granja en el futuro si se desarrollaran políticas sustentables en relación con el uso y la ocupación del espacio, y en relación con el cuidado de la naturaleza y del agua como elemento fundamental para la vida. En este sentido, el relato trata acerca de los resultados futuros de la planificación, más que de la planificación en sí misma.

Ubicado temporalmente en 2035, el video nos presenta a La Granja como un municipio *modelo en preservación del ambiente y economía sustentable*, que logró un *récord en recaudación en la industria del turismo*, siendo además la *región provincial de mayor cotización inmobiliaria*. En 2012, prosigue el relato, un grupo de vecinos de la localidad

“comenzó a comprender que [...] el futuro estaba en conservar la flora, la fauna, el paisaje. La designación de la reserva natural mostró, en muy poco tiempo, que efectivamente era la conservación, potenciación, y exploración turística sustentable de la zona la llave para el desarrollo social y económico”. (Fragmento de un audiovisual producido por la agrupación “Mesa de Agua y Ambiente” de la localidad de La Granja, 2015.)

Se aprecia así que el desarrollo en sí mismo no es objeto de discusión sino, como hemos visto en el apartado anterior, su característica descontrolada, desordenada. Un reclamo de control y orden se vuelve entonces el centro de las demandas. En este relato utópico, el orden ha sido alcanzado e incluso fechado: en 2035, *la vida cotidiana, el paisaje, la arquitectura la organización social y la historia son resaltados en cada metro recorrido, en cada charla con cualquier poblador*.

En cada uno de sus habitantes, señala el relato, nuestra localidad *reclutó a un defensor y cuidador de las bondades del lugar y de las transformaciones realizadas*. Esto sólo fue posible, se afirma, con la inversión de trabajo e iniciativas sustentables: *como resultado de una política verde que cuantificó, catalogó y preservó cada árbol nativo de La Granja, se contaba con una cantidad de biomasa producto del mantenimiento de estos árboles a través de podas y recortes que contribuían a su desarrollo saludable*. A diferencia de los relatos utópicos puros, aquí se plantean fechas concretas y las formas en que habrían sido alcanzados los objetivos:

“Para el 2015 [la biomasa] ya se había convertido en el único material usado para la calefacción en todo el municipio y para el 2020 [...] la producción de leña ecológica posicionó a La Granja como el mayor productor de biomasa para la



quema a nivel nacional. [...] En el ámbito educativo, con los mismos recursos, se otorgaron becas universitarias a alumnos para el estudio de carreras que no existían en la Universidad de La Granja [...] Toda la luminaria funciona a través de paneles solares [...] A pesar del desarrollo importante de estos últimos 20 años, La Granja conserva sus características de villa serrana. [...] Toda el agua que no fue recogida en reservorios que cada casa posee y que escurre por las calles, es guiada a reservorios de la municipalidad [...] Todo esto será material de estudio para futuras generaciones que quieran saber cómo un pequeño número de vecinos, unidos al eco municipal, lograron esta realidad que para ellos sólo fue la posibilidad de un futuro soñado. Pero para todos los habitantes de La Granja fue un legado que hijos, nietos y generaciones sucesivas han aprendido a valorar y preservar [...] esto que empezó como la quimera de un sueño allá por el 2012". (Fragmento de un audiovisual producido por la agrupación "Mesa de Agua y Ambiente" de la localidad de La Granja, 2015.)

Si bien aquí faltan las imágenes y la música que acompañan el argumento, lo dicho es suficiente como para trazar algunas relaciones generales que se estarían expresando. En primer lugar, este relato utópico refleja una de las tensiones principales que se viven en las Sierras Chicas: aquella que implica la relación entre un *progreso* cargado de sentidos negativos, significado por los actores como *desarrollismo*, y la conservación de una forma de habitar que pondera la *tranquilidad*, la *preservación de la naturaleza* y una *vida comunitaria local* que estarían en riesgo en virtud de varias cuestiones —el aumento de la población, la construcción inmobiliaria no planificada y la consecuente presión sobre los recursos naturales. En algunas localidades hubo algunas voces que, en principio fueron escuchadas, pero luego desestimadas, que proclamaban activamente la prohibición de la radicación de nuevos habitantes dado que los recursos disponibles, principalmente el agua, no alcanzaban para sostener el crecimiento demográfico. El relato del audiovisual retoma esta idea, aunque matizándola un poco:

"Este siempre endeble equilibrio le concedió a la Municipalidad la ventaja de ampliar la cantidad de población estable limitada por lo establecido en el Plan de Ordenamiento Urbano 2014, que determinaba topes en la radicación de habitantes en función de los recursos disponibles en nuestras localidades". (Fragmento de un audiovisual producido por la agrupación "Mesa de Agua y Ambiente" de la localidad de La Granja, 2015.)

Así, este tiempo utópico está cargado con múltiples lenguajes sobre el ambiente y la sociedad: un lenguaje que apela a la ciencia (que se nos revela a través del uso de palabras tales como "biomasa"), pero también emotivo, que apela a la *esperanza* y a los *sueños*, y a su vez económico—instrumental, al imaginar una economía sustentable y rentable. De esta manera, el tiempo futuro, en gran medida vivido y experimentado como incierto —tal como hemos visto en los apartados anteriores— toma aquí



finalmente una certeza cargada de emotividad, anhelos y objetivos realizados. En definitiva, como en todo relato con componentes utópicos, aquí se revela, imaginariamente, un proyecto de sociedad.

A modo de conclusión

Los múltiples lenguajes a través de los cuales operan los discursos sobre la “naturaleza” o los problemas ambientales, internalizan la heterogeneidad, la diferencia, la experiencia vivida y sentida, tanto en la interacción social como en la interacción con el mundo no humano (Harvey, 2004). Ahora bien, en el segundo apartado afirmé algo similar: el tiempo abstracto se internaliza a través de la experiencia como “estructuras del sentir” (Williams, 2000). Sin embargo, ambos autores estarían de acuerdo con que no podemos quedarnos con estos procesos de “internalización”. Estamos obligados a dar cuenta de los procesos sociales que los sustentan, y he tratado de vincular ambos aspectos a lo largo de mi argumento. Para completar el análisis, queda por conectar con mayor precisión estas diversas temporalidades que giran alrededor del agua y que he señalado.

Cada una de las formas temporales que he abordado puede entenderse, en su respectivo contexto de situación, como una forma de reducir y/o lidiar con la incertidumbre relativa a los profundos cambios socioambientales a los cuales se enfrentan las poblaciones locales, reconocidos desde un principio por la evidencia de la persistente falta de agua en la región. Por un lado, he destacado que la *crisis hídrica* estuvo acompañada de manera paralela por una migración de habitantes de la ciudad a las sierras. Radicarse en una localidad serrana implica una búsqueda de ambientes *más amigables* para vivir que la ciudad. Lógicamente, estos desplazamientos fueron acompañados por un aumento en la actividad inmobiliaria, la construcción, la compra y venta de tierras, fenómenos impulsados también por el aumento del turismo. De esta manera, las bases *naturales* y *agrestes* ponderadas por los “migrantes” que fueron a vivir a las villas serranas, buscando *tranquilidad, seguridad, aire puro*, etc., comenzaron a considerarse en peligro frente al avance del *desarrollismo*. El *descontrol* y la falta de orden en la ocupación del espacio, que connota localmente el término *desarrollismo*, se expresa en una incertidumbre no sólo sobre el futuro del agua y de la posibilidad de contar con el suficiente recurso, sino en términos del riesgo al que se ve expuesto el “buen vivir” que ofrece el ambiente serrano. Si bien la planificación y el ordenamiento territorial pueden entenderse como una forma de reducir esa



incertidumbre, hemos visto que este carácter incierto del futuro socioambiental e hídrico era leído también a través de una contemplación activa del entorno y el paisaje, concretamente en cuanto a la situación del embalse La Quebrada, que oficiaba como indicador de la cantidad de agua disponible para toda la región. Así, la lectura activa del “paisaje” cambiante del embalse proyectaba un futuro que, si bien eludía la anticipación, la posibilitaba en forma de preguntas ancladas en una comparación hecha hacia atrás y hacia adelante en el tiempo. Las reservas naturales e hídricas fueron en la época de crisis, y lo son actualmente, formas ancladas en el espacio-territorio que permiten lidiar con la incertidumbre, reduciéndola. En términos abstractos, para las agrupaciones que defienden la implementación y puesta en práctica de estos espacios territoriales delimitados y regulados, existe un cierto nivel de certeza: de seguir avanzando la construcción, las cuencas hídricas se verán profundamente afectadas, y se profundizará la *crisis hídrica*. Por lo tanto, las reservas, como espacios de *orden y de control*, son consideradas como uno de los principales frenos a este avance. Sin embargo, los resultados de la efectiva implementación de estos espacios son, en sí mismos, inciertos, dado que dependen de los vaivenes políticos, burocráticos y de las fuertes presiones del mercado inmobiliario. En esta búsqueda por reducir la incertidumbre, por controlarla, se produce socialmente una espacio-temporalidad que, basada en el entorno físico como acción y experiencia pasadas, y vivida en el presente como una crisis, se incorpora como parte constitutiva de un futuro imaginado en términos utópicos, imprimiéndole así una particular dinámica a las iniciativas, acciones y procesos que se movilizan para enfrentar la falta de agua en la región y para lidiar con la posibilidad de que el entorno *amigable, agreste y tranquilo de las sierras*, deje de serlo. En este sentido, las formas de temporalidad son parte constitutiva de la producción de proyectos espaciales que, en tensión con otros reconocidos como antagónicos (los *desarrollistas*), ponen en escena la relación entre la actividad humana, la producción de su entorno y las formas de habitarlo, relación que expresa la fusión del tiempo y el espacio como dos órdenes inseparables de los problemas hídricos y ambientales en la región.

Referencias bibliográficas

ABRAM, Simone. (2014). “The Time It Takes: Temporalities of Planning”. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 20, 129-47.



- ANUSAS, Mike e INGOLD, Tim. (2013). "Designing Environmental Relations: From Opacity to Textility". *Design Issues*, 29-4, 58-69.
- BALBI, Fernando. (2002). "Entre el futuro del recurso y el futuro de los hijos. Usos de términos y expresiones ambientalistas entre los pescadores del Delta del Río Paraná". *Cuadernos de Antropología Social*, 26, 87-105.
- BOIVIN, Mauricio; ROSATO, Ana; y BALBI, Fernando. (2008). Incidencia del evento de inundación de 1982-83 sobre el asentamiento humano del área de islas del Departamento de Victoria, Entre Ríos. En Mauricio Boivin, Ana Rosato y Fernando Balbi (eds.), *Calando la vida. Ambiente y pesca artesanal en el Delta Entrerriano*, pp. 63-86. Buenos Aires: Antropofagia.
- BRUZZONE, Elsa. (2012). *Las guerras del agua. América del Sur, en la mira de las grandes potencias*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- DALSGAARD, Steffen y NIELSEN, Morten. (2013). "Time and the Field". *Social Analysis*, 57-1, 1-19.
- ESCOBAR, Arturo. (2000). El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: globalización o posdesarrollo. En Andereu Viola (comp.), *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina*, pp. 169-216. Barcelona: Paidós.
- FABIAN, Johannes. (1983). *Time and the other: how anthropology makes its object*. New York: Columbia University Press.
- FERRERO, Brian. (2015). "Pescadores artesanales del bajo Paraná argentino: entre la complejidad y la tragedia de los comunes". *AVÁ*, 26, 61-68.
- GAZTAÑAGA, Julieta, y PIÑEIRO, Julia. (2013). La transformación de una ciudad en destino turístico: una mirada antropológica de las elites políticas y empresarias en el caso de la instalación de un parque termal. En J. Osorio y E. Rozo, *Turismo y cultura: retos y perspectivas en América Latina*, pp. 226-55. Bogotá: Universidad de Externado.
- GEERTZ, Clifford. (1972). "The Wet and the Dry". *Human Ecology*, 1-1, 23-39.
- GELL, Alfred. (1992). *The anthropology of time. Cultural Constructions of Temporal Maps and Images*. Oxford: Berg.
- GRAEBER, David. (2018). *Hacia una teoría antropológica del valor. La moneda falsa de nuestros sueños*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GUDYNAS, Eduardo. (1992). "Los múltiples verdes del ambientalismo latinoamericano". *Nueva Sociedad*, 122, 104-15.
- HARVEY, David. (2004). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Blackwell.
- HARVEY, David. (2007). *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.



- HENDRIKS, Jan y BOELEN, Rutgerd. (2016). "Acumulación de derechos de agua en el Perú". *Anthropologica* 34-37, 13-32.
- INGOLD, Tim. (1993). "The Temporality of the Landscape". *World Archaeology*, 25-2, 152-74.
- INGOLD, Tim. (2011). *Being alive. Essays on movement, knowledge and description*. London: Routledge.
- INGOLD, Tim. (2012). *El diseño de ambientes para la vida*. Montevideo: Trilce.
- KOBERWEIN, Adrián. (2015a). "Escasez de agua y apropiación de la tierra en las Sierras Chicas de Córdoba, Argentina". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 23, 139-159.
- KOBERWEIN, Adrián. (2015b). "La producción de relaciones sociales en el marco de la política de los recursos hídricos en Sierras Chicas, Córdoba – Argentina. De la coordinación de las acciones a la región como valor". *Argumentos. Revista de Crítica Social*, 17, 68-93.
- KRUSE, Thomas. (2000). La "guerra del agua" en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas. En Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*, pp. 121-161. Buenos Aires: CLACSO.
- LEFEBVRE, Henry. (1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell. (Edición original, 1974.)
- LITTLE, Paul E. (2003). "Abundance is not enough: water-related conflicts in the amazon river basin". *Série Antropologia*, 337, 1-23.
- MARCUS, George. (2000). "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal". *Alteridades*, 11-22, 111-127.
- MARX, Karl. (2000). *El Capital. Crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica. (Edición original, 1857.)
- MILTON, Kay. (1993). *Environmentalism: the view from anthropology*. London-New York: Routledge.
- MILTON, Kay. (2002). *Loving Nature. Towards an Ecology of Emotion*. London: Routledge.
- MÜCKLER, Hermann. (2011). "Water – an Anthropological Approach". *Journal of Comparative Cultural Studies in Architecture*, 5, 38-51.
- MUNN, Nancy. (1992). "The Cultural Anthropology of Time: A Critical Essay". *Annual Review of Anthropology*, 21, 93-123.
- PALERM, Ángel. (2008). *Antropología y marxismo*. México: CIESAS. (Edición original,



1977.)

QUIRÓS, Julieta. (2014). "Neoaluvión zoológico. Avatares políticos de una migración de clase". *Cuadernos de Antropología Social*, 39, 9-38.

QUINTELA, María. (2011). "Curar e recrear em águas termais: um diálogo etnográfico entre Portugal (Termas de São Pedro do Sul e Termas da Sulfúrea) e Brasil (Caldas da Imperatriz)". *Anuário Antropológico*, II, 169-194.

REYNA, Santiago; REYNA, Teresa y LÁBAQUE, María. (2013). "Los primeros diques de Córdoba, Argentina: los tajamares jesuitas". *Aqua-LAC*, 5-1, 64-73.

SANTOS, Milton. (1990). *Por una geografía nueva*. Madrid: Espasa Calpe.

SAUTCHUK, Carlos E. (2011). "Gestos, águas e palavras na pesca amazônica". *Anuário Antropológico*, II, 83-105.

STEWART, Julian. (ed.). (1960). *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América. Symposium sobre las civilizaciones de regadío*. Washington: Unión Panamericana.

STRANG, Verónica. (2015). "On the Matter of Time". *Interdisciplinary Science Reviews*, 40-2, 101-123.

SUBSECRETARÍA DE RECURSOS HÍDRICOS DE LA NACIÓN. (1995). *Catálogo de lagos y embalses de la Argentina*. Buenos Aires: ARM.

SUTTON, Mark y ANDERSON, Eugene. (2010). *Introduction to cultural ecology*. Lanham, Md: Altamira Press.

SWARTZ, Marc; TURNER, Víctor; y TUDEN, Arthur. (1966). *Political Anthropology*. Chicago: Aldine.

TAMBURINI, D. M. y KUFNER, M. B. (2008). "Caracterización ambiental y ordenamiento de la vertiente oriental de la sierra chica (Córdoba, Argentina) para planificación sustentable". *IGA, Revista de geografía*, 12, 3-25.

TEIXEIRA, Carla y QUINTELA, María. (2011). "Antropología e água: perspectivas plurais". *Anuário Antropológico*, II, 9-21.

TURNER, Terence. (2008). "Marxian value theory: An anthropological perspective". *Anthropological Theory*, 8-1, 43-56.

VARGAS CETINA, Gabriela. (2007). "Tiempo y poder: la antropología del tiempo". *Nueva Antropología*, 20-67, 41-64.

WILLIAMS, Raymond. (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península. (Edición original, 1977.)

WITTFOGEL, Karl. (1967). *Oriental Despotism. A comparative study of total power*. London: Yale University Press.



Notas

¹ Una de las 24 jurisdicciones provinciales de la República Argentina. Situada en la región centro, es la quinta provincia más extensa del país. Su capital es la segunda ciudad con mayor cantidad de habitantes, luego de Ciudad Autónoma de Buenos Aires, capital de Argentina. La zona de las Sierras Chicas que abarca nuestra investigación se corresponde con su faldeo oriental. El componente urbano se extiende unos 50 kilómetros hacia el norte de la ciudad de Córdoba. “La Sierra Chica supera los mil metros de altura [...] con pendientes dominantes entre 12 y 45% y un piedemonte de ondulaciones suaves. [...] La ladera oriental presenta suelos de laderas escarpadas muy pedregosos y de laderas muy colinadas, pobres en materia orgánica y susceptibles de erosión hídrica y suelos de vallecitos de altura provistos de materia orgánica” (Tamburini y Kufner 2008: 7).

² Las palabras en cursiva hacen referencia a categorías desplegadas por los actores sociales. Cuando se encuentran en el cuerpo del texto, se trata de una apropiación nuestra de los usos de dichas categorías, con fines descriptivos y/o analíticos. Cuando se encuentran en párrafo aparte, se trata de expresiones de los actores que transcribimos tal como las hemos registrado.

³ Para mayores detalles respecto de estos movimientos poblacionales, su relación con los recursos y su impacto en la renta de la tierra en la zona de Sierras Chicas, véase Koberwein (2015a). Por su parte, Quirós (2014) ha analizado las características de estos movimientos poblacionales para otras zonas de las sierras de Córdoba, tomando como eje la tensión entre los “venidos y quedados” y los “nacidos y criados”, aunque allí estos movimientos (así como de la población que se moviliza) adoptan formas diferentes en virtud de la mayor distancia con los centros urbanos y las vinculaciones de los “migrantes” con ellos.

⁴ “Las presas de arco transmiten el empuje del agua hacia su fundación y sus apoyos [...], aprovechando su forma de «cáscara». Para lograr sus complejas formas se construyen con hormigón y requieren gran habilidad y experiencia de sus constructores”. Fuente: Organismo Regulador de Presas, <http://www.orsep.gob.ar/presas-arco.php>.

⁵ “Porteño” hace referencia al habitante de Ciudad Autónoma de Buenos Aires, capital de la Argentina.

⁶ En Buenos Aires, los servicios básicos (luz, agua, gas) son ostensiblemente más económicos que en el interior del país.

⁷ Fragmento de un programa radial emitido por “Cadena 3” el 12 de noviembre de 2013.

Fecha de envío: 27 de julio de 2018. Fecha de dictamen: 15 de abril de 2019. Fecha de aceptación: 24 de abril de 2019.